

Mi muy querido S.

Tengo un reproche que hacerte, y no creas que este pequeño tirón de orejas merma un ápice la estima que tengo hacia ti. La cuestión es que pareces, en cuanto a la escritura, no haber nacido en Ollería sino en el sureste de la península del Peloponeso. Aunque seas un hombre del renacimiento, cuyo amplio interés abarca desde los fósiles hasta la guerra de Cuba, se ve a un tiro de jabalina que eres más sabio de números que de letras (a no ser que sean de álgebra). Yo arrojo el recogido sedal de las líneas para pescar un salmón gigante y no capturo más que un insignificante alevín como respuesta: “gracias, Pablo”. Ya sé que eres hombre de palabra. O sea, de teléfono. Y tienes mucha razón, pues la letra no es sino la sombra y el subarriendo de la lengua hablada. Sin embargo, un correo tiene también sus ventajas. Esta frase, por ejemplo, y sirva de excusa, está escrita después de haber ido al excusado. Me encorría cumplir con las leyes de la naturaleza. ¿Acaso podría, poniendo una musiquilla de espera, decir: “espere un instante, nuestros esfínteres están ocupados”. Observación: eso de “encorrer” es voz aragonesa, pues nosotros - ¡qué carajo! - también

tenemos nuestra idiosincrasia aunque no tengamos
financiación singular.

Pablo Galindo Arlés

14 de octubre de 2024

Querido S.

Existen dos clases de pedantería, una de las cuales yo no la tomo como tal ni merece propiamente dicho nombre. La verdadera, la única, consiste en la ostentación a sabiendas de un saber ante quien no desea saber. Unamuno cuenta en sus *Recuerdos de infancia* que a los niños pedantones se les contestaba: “¡Ay va, para que se le diga!”. Y la falsa pedantería es la de aquellos tan apasionados con un saber que no reparan que su afición no es compartida. La sabiduría popular tiene un refrán: “cada loco con su tema”. O, para decirlo con un latinajo del poeta Virgilio, “trahit sua quemque voluptas”. En roman paladino, “a cada uno le arrastra su placer”. Pero si una pedantería provoca rechazo, por innecesaria, la otra que no lo es tiene efectos benéficos. En el juego de la cuerda cada bando tira de su lado para empujar al contrario. Pues bien, los apasionados a un saber cualquiera arrastran al indiferente más allá del límite de su interés personal. Yo debo a estos falsos pedantes – muchas gracias – que mi yo sea más yo.